

REGIS DEBRAY SE CASA

El periodista-guerrillero francés Régis Debray ha resuelto casarse. En la prisión boliviana de Camire, donde está sufriendo una condena que por ahora le supone treinta años de reclusión, se verificó la boda el pasado Febrero con la venezolana Elizabeth Bustos ante un oficial del Ejército boliviano y la cónsul francesa en La Paz. Es éste el último acto, un tanto burgués, de sus andanzas libertarias por tierras de Latinoamérica.

Debray se había hecho famoso. Tristemente famoso. Revolucionario improvisado, su impaciencia dio al traste con todas las utopías guerrilleras del Ché Guevara. Su indiscreción proporcionó al ejér-

cito boliviano la clave que necesitaba para dilucidar el misterio. Y Guevara fue eliminado. Pero el Ché, con su diario supo jugarle al francés una mala faena. Allí apareció el verdadero perfil del periodista metamorfoseado en guerrillero. El "inocente" Debray ya no podía sustentar más la imagen de víctima ingenua que estaba proyectando al mundo.

Toda una lección para los revolucionarios burgueses que merodean en nuestro medio. Si no hay autenticidad no vale la pena ser revolucionario. Para esto se necesitan agallas. Tenemos de sobra marxistas aburguesados entre nosotros. Debray, un marxista más de los que cargan con poca

gracia el lastre familiar de una educación burguesa, habría obrado mucho más sabiamente quedándose en casa. Sobre su conciencia de revolucionario "aficionado" pesará por siempre el remordimiento de haber echado a pique las ilusiones de un auténtico soñador que, como el caballero de la Mancha, se paseaba por las Américas rifle en ristre queriendo desfacer los entuertos del capitalismo. La postura de Debray no pasará a la historia. Su figura, bien poco heroica, será pronto olvidada —sin pena ni gloria— en un Continente donde sus gentes, sin distinciones étnicas o políticas, todavía admiran la bravura y la hidalguía.

LA UNIVERSIDAD EN CRISIS

"Life en español" ha publicado en fecha reciente un artículo dedicado a "las fallas de la educación en Latinoamérica". Su autor es Seymour M. Lipset, distinguido sociólogo norteamericano. No nos suele gustar que personas extrañas, sobre todo si son originarios de más allá de las orillas nortañas del Río Grande, nos señalen implacablemente nuestros defectos. En esta ocasión no cabe la menor duda que alguien nos ha puesto el dedo en la llaga. Y esto escuece. Las universidades latinoamericanas están profundamente viciadas y enfermas.

Resulta penoso confesarlo. Nuestros centros de educación superior gozan de muy escaso crédito y prestigio académicos en Europa y Norteamérica. No podría ser de otra manera con tanto profesor dedicado a la enseñanza para lucir el alto status social que representa una cátedra universitaria, y tanto estudiante exclusivamente entregado al activismo político, deporte de las huelgas y snobismo revolucionario.

Paradójicamente, según Lipset, ni la politización ni las huelgas estudiantiles constituyen los problemas principales de la universidad latinoamericana. Lo vergonzoso es que la mayoría de los ateneos son centros inadecuados de investigación y formación. Pocos de nuestros profesores se dedican a la enseñanza a tiempo completo. "Poquísimos catedráticos disponen de tiempo suficiente para leer, preparar conferencias, hablar con los estudiantes y realizar trabajos de investigación. Muchos de ellos ni siquiera están al día de los últimos adelantos registrados en sus respectivas disciplinas". En realidad, son una minoría los profesores verdaderamente consagrados a estudios serios.

El panorama del estudiantado universitario no es menos sombrío. Los estudiantes "no ven la universidad como un lugar donde trabajar arduamente para especializarse en determinada disciplina". En opinión de Lipset, "aunque ha aumentado el núme-

ro de estudiantes atraídos a las carreras de carácter más técnico, sobre todo ingeniería y ciencias, estas ramas modernas cuentan con menos estudiantes entre los latinoamericanos que entre los europeos, los norteamericanos, los estudiantes de los países comunistas, asiáticos y africanos. Muchos latinoamericanos prefieren estudiar las carreras clásicas, las humanidades o las ciencias sociales de inspiración humanística. El resultado salta a la vista: la proporción de personas dispuestas a colaborar en la adquisición de los conocimientos necesarios para el desarrollo económico, o en dirigir los institutos que lo fomenten es menor entre los latinoamericanos que entre los demás".

Es urgente, por tanto, hacer profesional tanto el papel de estudiante como el de catedrático. Las universidades tienen que hacerse exigentes— "cuanto más obliguen a los estudiantes a pasar largas horas en el laboratorio o la biblioteca, cuanto más rigor de-

muestren al examinarlos a intervalos regulares, tantas más probabilidades tendrá un país de contar con un selecto grupo de personas adiestradas y capaces de desarrollarlo". Por otra parte, la profesionalización de la universidad obligaría a los profesores de paso "a escoger entre dedicar a la cátedra todo su tiempo y aban-

donar lucrativas actividades ajenas a la universidad, o renunciar a las cátedras que tanto los honran y que también son fuentes de jugosos ingresos en sus actividades extrauniversitarias".

La universidad debe convertirse en un templo serio de investigación a tiempo completo. "La educación latinoamericana —dice

Lipset— viene reflejando los valores y aspiraciones de la clase alta tradicional. Ha cambiado menos que en ninguna otra parte del mundo. Los que procuran perpetuarla son reaccionarios, no progresistas que ayudan a preservar la cultura del subdesarrollo".

("SIC"), Caracas).

LOS OBISPOS DOMINICANOS APOYAN LA REFORMA AGRARIA

El pasado Febrero publicaron los seis Obispos de la República Dominicana una Carta Pastoral acerca de varios puntos de la doctrina social de la Iglesia.

Comienzan exponiendo el concepto de la **propiedad privada** y sus **proyecciones sociales**, para señalar a continuación el **drama campesino en el país** (poca tierra, falta de higiene, fuga a las ciudades, defectos morales de muchos, etc.) y elogiar la **reforma agraria** que hace el Estado. Dicen que para superar los males no debe guiarnos el **anticomunismo negativo**, sino la **transformación de las formas de vida**. Recuerdan que a los laicos toca especialmente la aplicación de las normas cristianas, elogian nuevamente al **Gobierno** por las medidas que tomó recientemente en una situación excepcional de desalojos campesinos. Reitera que el Episcopado no quiere la **violencia** ni la **irrupción tumultuaria** en propiedades ajenas y termina alabando la proyectada construcción de la **presa de Tavera**, obra de gran interés para la economía nacional.

"La Iglesia, dicen, lejos de suprimir el derecho a la propiedad privada, propugna, con humano y cristiano ardor, por su creciente multiplicación". Pero "sobre la propiedad privada gravita, en términos inexcusables, un gravamen en favor de la comunidad".

"Donde más imperativa reluce la necesidad de esta equitativa distribución de los bienes... es en el misérrimo agro dominicano. No hay penuria que no haya sentido sus reales en esta zona nacional". "El número de minifundios alcanzaba a 290,301, al paso que los dueños de latifundios ascendían a 3,336".

Evocan luego el analfabetismo ("en la zona rural el sesenta por ciento es ciego a las letras"), el déficit habitacional (147,000 viviendas), la miserable condición de los alojamientos existentes, la mísera alimentación y la carencia de oportunidades (los desempleados son unos 350,000). Añádase "la ausencia de la más elemental higiene", la promiscuidad obligada tan peligrosa para la juventud. Todo esto explica el éxodo a las ciudades.

Luego recuerdan los defectos de muchos campesinos, especialmente el abuso del alcohol y el juego; el descuido de las técnicas modernas de labranza; los matrimonios prematuros. Pero también afirman que no se debe generalizar y reconocen que "existen innumerables hombres del campo, cristianos de veras, morigerados, sobrios, esforzados, religiosamente consagrados a los deberes del hogar".

"La mayoría del campesinado dominicano aspira a "tener más para ser más", para ser más hom-

bres, en el más noble y alto sentido de la palabra". A todos hay que reconocerles sus derechos humanos: su derecho a la tierra, su derecho a un nivel de vida decorosa".

Reconocen "los grandes y apresurados pasos que el Estado está dando en la correcta dirección de la reforma agraria, la que, aunque "susceptible de perfeccionamiento, significa un valioso avance social". Recuerdan que una reforma agraria es costosa y difícil y no puede reducirse a un mero reparto de tierras.

El Episcopado quiere cooperar con esta obra del Gobierno, y a esta voluntad responde "las labores pedagógicas que desarrollan por nuestros campos sacerdotes especializados en estos delicados menesteres". Recuerda las reformas que, según la anterior carta colectiva del 30 de julio pasado, han de introducir en los asuntos agrarios.

Para prevenir el comunismo hay que adelantarse a llenar las lagunas dejadas por las injusticias sociales con los ideales cristianos. "Si dejamos al pueblo desamparado, a falta de otra cosa se aferrará desesperado a las mezquinas promesas materiales, que, como señuelo, les harán brillar ante sus ojos los que ofrecen pan a cambio de libertad y de la adhesión a Cristo".